



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10844

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 29 DE ABRIL DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LORRE.

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

CARTAGENA EN EL MUNDO DE LA CIENCIA

9.º Congreso de Higiene y Demografía

En los momentos solemnes en que la Patria con todos sus alienos y en explosiones de férvido entusiasmo lanzaba el grito de guerra, en esos instantes en que otro pueblo hubiera tenido que reconcentrar toda su atención y todas sus energías, España, dando una prueba más de su grandeza de alma y de su tranquilidad ante el peligro, se ha complacido en reunir en un Congreso de sabios, a los hombres más eminentes del mundo de la ciencia, de ese mundo que se sobrepone a todos los egoísmos, atento solo a los graves problemas del bien de la humanidad.

Congregados en Madrid los sabios del mundo entero, y agasajados y atendidos con todo el esplendor de la hospitalidad castellana, podemos decir con orgullo, como españoles, que este noveno Congreso ha sido el más importante de los celebrados hasta el día; y con doble orgullo podemos consignar que Cartagena, tanto por su representación oficial como por

la organización de sus servicios demográfico-sanitarios, ha figurado en primera línea en este admirable concierto de la inteligencia.

Confiada nuestra representación al ilustrado Dr. D. Leopoldo Cándido, que con tan brillante éxito supo representar a esta localidad en París para proceder al estudio del suero antidiftérico, harto sabíamos todos que Cartagena había de quedar a gran altura. Y así ha sido. La personalidad científica del Dr. Cándido no solo ha figurado dignamente, sino que ha conseguido fijar la atención de los ilustres congresistas.

Delegado del Ayuntamiento de Cartagena en el Congreso, la Junta general de Organización y Propaganda de éste, le designó para ocupar los puestos de Secretario de la sección 7.ª, en la que había de tratarse de la Higiene del ejercicio y del trabajo, y de la clase 2.ª, sección 1.ª, cuya misión era la Técnica de la Estadística-demográfica.

En la sesión preparatoria del Congreso optó el Sr. Cándido por el segundo de estos cargos, y actuó como secretario de la expresada sección de Demografía.

Ha sido esta sección indudablemente una de las más importantes del Congreso, y en ella se han leído luminosos trabajos de los doctores Bertillon, jefe de la Estadística municipal de París; Versmann, alcalde y senador de la villa de Hamburgo; Blenck, consejero superior del gobierno en Berlín; Guillaume, director de Estadística de Suiza; Schott, Juraschek y Sedlacek, de Viena; y los españoles Comenge, García Faria, Revenga, Esteban, Moya, Coll y García, marqués de Zafra, marqués de Valle-Ameno, Junco, Paros, García Romo y Belmar.

En los solemnes debates científicos que se originaban con las lecturas de estas Memorias, casi a diario, para presentar objeciones,

tuvo que intervenir el Sr. Cándido. Y cuando el Dr. Bertillon se lamentaba de las deficiencias de la estadística de mortalidad en la infancia, el Sr. Cándido expresó en un notabilísimo discurso los males que estas deficiencias ocasionan. La Sección, en su vista, acordó que los dos indicados doctores propusieran las reglas a que deberían sugetarse en todas las naciones la formación de estas estadísticas, y formulado por ellos un luminoso informe, fué elevado a la sanción del Congreso en pleno. Y el Congreso en pleno aprobó por unanimidad en su solemne sesión de clausura, estas reglas acordadas por el Jefe de Estadística de París y por el Director de los servicios higiénicos y demográficos de Cartagena.

Otro no menor triunfo obtuvo esta localidad en la Sección 3.ª. En ella presentó el Dr. Cándido una Memoria descriptiva de los servicios sanitarios que el Ayuntamiento de Cartagena tiene establecidos, ampliando sus datos en un discurso frecuentemente interrumpido por los aplausos de la Sección. Y tanto estimó ésta la valía de nuestra organización sanitaria, que a propuesta del Secretario Sr. Pando y Valle, acordó que se imprimiera la Memoria, para que sirva de ejemplo y guía a los municipios de España.

En la Sección 4.ª, sostuvo nuestro representante la necesidad de que la desinfección, que tantas enfermedades y tantas epidemias puede evitar, se declare obligatoria a los municipios, y formulando sus conclusiones en una proposición, pasó ésta al comité internacional para su estudio.

En la Sección 2.ª de Demografía y terciando en un debate, sostenido por los Sres. Montes y Fajarnés, presentó el Sr. Cándido otra proposición para que se corrigieran las deficiencias y omisiones que se observan en el modelo oficial de Estadística sanitario, y se forme

y adopte para España una clasificación que responda a los adelantos de la moderna patología, muy especialmente en lo que se refiere a enfermedades infecciosas. Esta proposición, aprobada por la sección, pasó también al comité internacional.

En la Exposición científica figura un aparato pulverizador para desinfección de habitaciones, propiedad del Ayuntamiento de Cartagena, y del que son autores los Sres. Cándido y Robles. En las diferentes pruebas que el Sr. Cándido ha hecho de él, se ha patentizado su utilidad, que supera a todos los aparatos conocidos, por su fácil manejo y transporte y por el gran alcance de su radio de acción. La prueba oficial ante el Jurado se verificó el día 25 del actual. Por la satisfacción del Jurado, y por las felicitaciones que el Sr. Cándido ha recibido, tenemos la impresión de que obtendrá premio.

Tal ha sido la fructuosa labor realizada por nuestro representante en el Congreso, y de él han hecho encomiástica mención, *El Imparcial*, *el Herald*, *el Globo*, *La Correspondencia* y *El Diario del Congreso*, y de sus trabajos se ocuparán los periódicos profesionales.

El resultado de esa labor viene a representar un verdadero triunfo para Cartagena, cuyos servicios sanitarios y cuyas estadísticas demográficas han sido elogiados en aquel concurso de eminencias científicas. Por eso repetimos con orgullo que Cartagena ocupa dignamente su puesto en el mundo de la ciencia.

RECUERDOS

Ciento ochó años hizo ayer que, Mr. Jay, delegado de las provincias separadas de Inglaterra, que luego se han llamado Estados Unidos, escribió a Flo.

ridablanca reconociendo los sacrificios pecuniarios de España en pró de la independencia de su país, y prometiendo hacia la nuestra el agradecimiento eterno de la nación.

Si Mr. Jay ó Jorge Washington tornaran hoy a la vida y vieran el caso que hacen de sus promesas, sus desagradecidos descendientes, la vergüenza los mataría. Y si resucitase el conde de Aranda y viera a los Estados de la Unión guerreando con España, recordaría al momento aquel final de una célebre carta, en la que, pareciéndose excesivos los sacrificios de España por la que hoy es su enemiga, escribía estas proféticas frases:

«Esta república federal nació, puede decirse, enana y han sido menester el apoyo y las fuerzas de dos Estados tan poderosos como España y Francia para que logre su independencia. ¡Día vendrá en que sea gigante y hasta formidable coloso en aquellas regiones, y en que olvide los beneficios que ha recibido de ambas potencias, no soñando más que en su engrandecimiento.

Hace mucho tiempo que llegó ese día. Desde que Monroe pronunció la frase que le ha dado celebridad — «América para los americanos» — surgió en los corazones yankees un sentimiento de ambición que les ha llevado a perpetrar la más negra de las ingratitudes.

Francia y España les ayudaron a ser libres; les dieron sangre en abundancia y cantidades importantes de dinero, sin exigirles siquiera el pago del oro. ¡Qué agenas estarían una y otra de que agitando el tiempo la nación favorecida se convertiría en bandolera de las que la favorecieron!

Al presente solo es España la que tiene que arrepentirse de su generoso proceder. Francia no ha probado aun la amargura del desengaño; pero no haya temor de que se quede sin probarla, pues si por acaso las veleidades de la fortuna le traen a un estado parecido al nuestro y continúan los Estados de la Unión ensoberbecidos, harán con ella lo que han hecho con España: desampararla, empobrecerla y asesinarla cuando la vean sin fuerzas para luchar.

No espere nobleza en los ingratos hijos de la Unión Americana; pero no se lamente, de su malaventura entonces, y recuerde que dejó desamparada a su vecina, desconociendo leyes de justicia

la maldición ó el remordimiento, que huyen sin saber adonde, que marchan sin conocer la senda que atraviesan; y que giran, vuelven, vagan y circulan, sin destino fijo, sin pensamiento, sin voluntad.

Ernesto sentía bramar en su pecho la tempestad mas horrible; luego que se vió solo dió rienda suelta a su dolor y no pudo menos de arrojar tres mugidos de desesperación para dar salida a las olas de amargura que se encerraban en su interior.

Después, con el paso descompuesto, ya lento, ya precipitado, apretando nerviosamente el encaje de su gorra, cuyos pedazos quedaban clavados en sus uñas, mordiendo los labios hasta el extremo de salir de ellos negras gotas de sangre, rugiendo como una fiera, loco, desatinado, transido de pena y furor, atravesó calles y plazas sin que su razón le condujese en medio de aquel huracán espantoso.

Nada distinguía; todos los objetos eran informes; todas las cosas desconocidas; el cielo, el aire, la luz, todo había perdido su ser, su forma, su vida propia; aquello era la fantástica Salamanca que vió don Félix de Montemar; aquello era el delirio desesperado de un loco, el trastorno del alma al ser herida por los celos y por el despecho.

De este modo pasaron dos horas. Cuando el infeliz

Ernesto conoció que existía, y cuando poco a poco fué recuperando su razón, se halló en la parte opuesta adonde debía haberse dirigido.

Entonces, por esa transición natural de los corazones magnánimos, brotaron en sus ojos, secos y encendidos hasta entonces, ardientes y abundantes lágrimas que corrieron por sus mejillas como arroyos de fuego. Se hallaba en un paraje escueto y solitario. Toda la magestad del cielo, alfombrado de estrellas, coronaba la inmensa cúpula de la atmósfera, a semejanza de un manto bordado de oro. La luna presidía con su pálida claridad aquella sublime vestidura con que la mano de Dios adorna a la tranquila noche: la respiración de Madrid era tan fugitiva como el tenue suspiro del aire; calma en el espacio, sueño en la tierra, moribunda luz en el cielo, perfumes misteriosos en la naturaleza; tales eran las armonías prodigiosas de aquellas horas de soledad.

Ernesto fortaleció su espíritu, ante el lenguaje mudo de aquella creación divina: conoció que el hombre, miserable arista arrastrada por el torbellino, está condenado a una vida de tormentos, y se hizo superior a los sacudimientos de aquel huracán, que estallara de pronto en su corazón.

Era preciso ser grande; hacer frente a los con-

hallaba aquel infanso perseguidor, quedó inmóvil como una estatua.

Así estaba muy lejos de pensar que tenía a dos pasos de distancia uno de sus mas encarnizados enemigos y venía hablando confidencialmente con un sujeto de alta estatura, seco de cuerpo y vestido de negro, como una de esas tristes cornejas que salen de noche a pasearse por los sitios ruinosos. Creía que nadie le escuchaba, pero Monte Azúl no perdió ninguna palabra de aquella conversación misteriosa.

—Doctor, aquí teneis la casa, dijo Asima señalando la de la marisala.

—¡Oh! contestó el hombre vestido de negro dirigiendo una curiosa mirada por toda su fachada y cuyo acento suave y dulce demostraba su origen italiano.

—¿Creo que mañana no equivocareis el camino?

—Nada de eso, señor conde. Tengo la costumbre de trazar en un papel con lápiz el itinerario de las calles, y vedlo aquí delineado admirablemente.

El que había sido llamado con el título de doctor, presentó un papellito enrollado.

—¡Ah! sí, sí, contestó Asima examinándolo.

—No hay pérdida. Hosteria de la Cruz oblicua, que es donde me he hospedado provisionalmente, en-